

EL FUTURO DEL PROGRAMA GUAYANA

LA CONFUSIÓN DEL MOMENTO PRESENTE

Conversando con mi amiga Mercedes Pulido de Briceño, me comentaba sus impresiones de una reciente visita a Guayana, sobre la situación política en la zona, muy en particular en lo que a la privatización de las empresas de la Corporación Venezolana de Guayana se refiere y me animaba a escribir nuevamente sobre este apasionante tema, no el de la privatización, sino el del llamado Programa Guayana. Confieso que es un tema que me llega muy adentro y sobre el cual mi estado de ánimo es, por decir lo menos, muy variado: en algunos momentos, de gran tristeza y depresión al vislumbrar lo que parecieran ser los resultados del mismo, y en otras oportunidades, de un gran optimismo, casi eufórico, al soñar con lo que muchos pensamos pudiera ser.

Abordemos la tarea de escribir sobre el futuro del Programa Guayana refiriéndonos en primer término sobre lo que está con más fuerza en la actualidad, cómo sería la privatización de las empresas de la Corporación Venezolana de Guayana, y luego sobre el futuro del Programa Guayana como tal.

En la consulta directa con las personas que de alguna u otra manera poseen un conocimiento sobre estas empresas -sobre los sectores económico donde ellas se insertan, sobre el contenido político económico de los programas de desestatización-, en las reuniones que obligadamente se tienen con personas que trabajan para estas empresas, en las reuniones de los gremios profesionales, empresariales y sindicales, en la simple lectura de la prensa nacional y, por qué no decirlo, en las pocas referencias que los medios de comunicación internacional en algún momento mencionan a nuestro país, se recoge como común a todas ellas una gran confusión tanto en los propósitos de la misma como en las razones para hacerlo.

Los actores en esta gran obra -uno no sabe si calificarla de cómica o de drámica para los venezolanos y quienes se sienten como tales- cambian con una rapidez tal, que la mejor encuesta que se hiciera revelaría con certeza que no hay un conductor claro y definido del proyecto político; lo más que haría es recoger agentes instrumentales del proyecto que en algunos momentos se desdibujan y pierden la nitidez de ser instrumentales para pasar a ser los conductores políticos del proceso. Quienes hoy lo apoyan, ayer lo adversaron, y viceversa; y mañana nuevamente se cambian.

Los apoyos son otorgados con tantas condicionalidades que no merecen llamarse tales y, por otra parte, quienes lo adversan, ante la posibilidad de ser calificados de retrógrados oscurantistas o jurásicos, lo hacen con tantos escrúpulos y reservas que, por lo timorato de su oposición, bien pudieran ser calificados de apoyos. Es este apoyo y oposición tan indiferenciado que, al uno ausentarse por un corto tiempo del quehacer cotidiano del proceso y reencontrarse con él después de una brevísima ausencia, medible en lapsos tan cortos como una sema-

na, uno se confunde en identificar quiénes están a favor y quiénes en contra.

Este es un caso para ser considerado por los expertos más afamados en el campo de la sociología política: no puede invocarse la simple frase de la burocracia incompetente ante la falta de resultados significativos. Esa aseveración no pasa de ser un simplismo, un estereotipo, un irrespeto a la inteligencia de los venezolanos, de esos mismos venezolanos que han sido capaces de adelantar un proyecto político de apertura petrolera, de privatización de la mayor parte del sector financiero, de la modificación de la ley del trabajo, de la apertura petrolquímica, de la apertura de las telecomunicaciones, para sólo mencionar las más destacadas.

UN PROGRAMA AMBICIOSO

Fueron años y mas años de intensa publicidad sobre las bondades políticas, económicas y sociales del proyecto político más importante de los últimos cuarenta años, concebido en las décadas de los cuarenta y con la mayor continuidad político-administrativa desde los años 40 y hasta mediados de los noventa. Fue, si se quiere, el proyecto estelar de la democracia venezolana; no ha habido otro proyecto político económico de desarrollo en Venezuela de inversiones siquiera similares.

Ciudad Guayana, conformada por San Félix y Puerto Ordaz, mostró durante casi todos los años de la democracia la mayor tasa de inversión en infraestructura, de inversión industrial, de lo que el país, antes de la nacionalización de la industria petrolera, conoció como la opción ante el petróleo. El Estado venezolano invirtió cuantiosas sumas de dinero en la creación y formación de la mayor concentración de profesionales, técnicos y obreros especializados que hay en el país. Se nos vendió, se nos sedujo, y nosotros a la vez vendimos y sedujimos a un ingente grupo de personas que ésta era la alternativa, que esto representaba el ahorro del país petrolero, que el futuro de convertirnos en un país del primer



Francisco J. Layrisse R.

El ámbito de influencia del Programa Guayana cubrió prácticamente un tercio del territorio nacional. Ciudad Guayana se convirtió, por esta vía, en un nuevo dorado en donde venezolanos y muchos extranjeros probaron y alcanzaron fortuna

mundo se nos convertía por esta vía en presente.

El Programa Guayana no se limitó al aprovechamiento hidroeléctrico de río Caroní -que por sí solo ya lo justifica-, a la creación de una industria siderúrgica y del aluminio, sino que se expandió incluyendo dentro de sí al programa de explotación de mineral de hierro, bauxita, oro, diamantes, alúmina. Igualmente incursionó con marcado éxito en el área forestal, como es el caso de las plantaciones de pino caribe, eucaliptos y caucho, y con menor éxito en otros programas agrícolas vegetales y animales. El Programa Guayana irradió sus efectos a toda la geografía venezolana al sur del Orinoco; de igual manera los hizo presentes al norte de Orinoco en los estados Anzoátegui, Monagas, Delta Amacuro y Guárico.

El ámbito de influencia del Programa Guayana cubrió prácticamente un tercio del territorio nacional, incorporando al país económico esta inmensa y vasta región que hasta hace 40 años era capaz de ofrecer sólo una referencia histórica destacada durante la Guerra de Independencia. Ciudad Guayana se convirtió, por esta vía, en un nuevo dorado en donde venezolanos y muchos extranjeros probaron y alcanzaron fortuna; representó la fuente de empleo más importante a este casi crónico problema que azota la región nor oriental del país. Cesaron las migraciones de margariteños y orientales hacia la región centro occidental del país, tradicionalmente más rica y con mayores posibilidades, y se convirtió Ciudad Guayana, de un pueblo de pescadores, en la sexta ciudad del país y una de las más cosmopolitas.

DE LA ACCIÓN PROMOTORA Y REGULADORA A LA ACCIÓN INTERVENTORA DEL ESTADO

El Estado dotó a la región de una infraestructura física y de servicios que se convirtió en el modelo para el resto del país. Se crearon toda suerte de corporaciones regionales, modelando el éxito de la Corporación Venezolana de Guyana,

instrumento creado por el Estado para llevar adelante este ambicioso programa. Todas estas corporaciones regionales, excepción hecha de la Corporación Venezolana de Guyana, hoy juegan un modesto e insignificante papel como agentes de promoción y desarrollo.

El Programa Guayana fue concebido de forma tal, que el Estado asumía para sí la dotación de la infraestructura física y de servicios, y el sector privado la de inversión industrial. El Estado era el proveedor de todo el andamiaje regulatorio

que garantizase el desarrollo armonioso del programa. Si bien éstos eran los roles fundamentales para cada sector, no tenían un carácter excluyente, y ambos podían participar y complementarse entre sí, salvo la reserva de Estado que se hizo para la actividad siderúrgica, tal como lo recogió la Constitución Nacional del 1962, y la reserva de hecho para la generación hidroeléctrica y su posterior distribución. Una parte importante del programa fue promovida desde el Estado, como fue el caso de la industria del aluminio, ferroaleaciones, industria de apoyo, etc.

Este papel del Estado promotor y regulador del desarrollo económico es adelantado exitosamente por la Corporación



A pesar de la fuerte inversión industrial estatal en la región, las políticas adelantadas por los distintos gobiernos desde los setenta a la fecha han alejado la inversión tanto nacional como extranjera

Venezolana de Guayana; pero a mediados de la década de los setenta el Programa Guayana, y en general la actividad económica adelantada por el sector privado, sufre un cambio radical y es virtualmente sustituida por una cada vez mayor intervención estatal. Es en ese momento cuando se estatiza todo el sector de generación y distribución eléctrica de la región occidental, de toda la industria petrolera, de toda la industria de mineral de hierro, de toda la industria del aluminio. El Estado empresario, por su tamaño económico, adquiere proporciones descomunales, se convierte en el generador directo de casi el 95% de las divisas del país, en el mayor monopolio que pudiésemos imaginar.

La iniciativa privada individual o colectiva es asfixiada por este hecho; la inversión privada empieza a disminuir año tras año y el producto per capita de igual manera; nos empobrecemos paulatina y sistemáticamente desde finales de los setenta hasta la fecha. De esta perversión de nuestra economía no escapa el Programa Guayana, y en la región de influencia de la Corporación Venezolana de Guyana la participación porcentual de la inversión privada va reduciéndose ante la realizada por el Estado y llega a ser casi despreciable frente a la inversión estatal. Por otra parte la participación de los sectores industriales presentes en el Programa Guayana va perdiendo importancia frente a sus iguales en el mundo internacional. En otras palabras, a pesar de la fuerte inversión industrial estatal en la región, las políticas adelantadas por los distintos gobiernos desde los setenta a la fecha han alejado la inversión tanto nacional como extranjera, y ésta se ha dirigido a sitios más atractivos potenciando a otros países frente al nuestro.

Nuestra dirigencia política no se percata del cambio de los tiempos; no entiende la globalización de las economías mundiales, de la competitividad; y nuestro desarrollo económico empieza a languidecer, y esto de un manera dramática en el caso de las empresas de la Corpo-

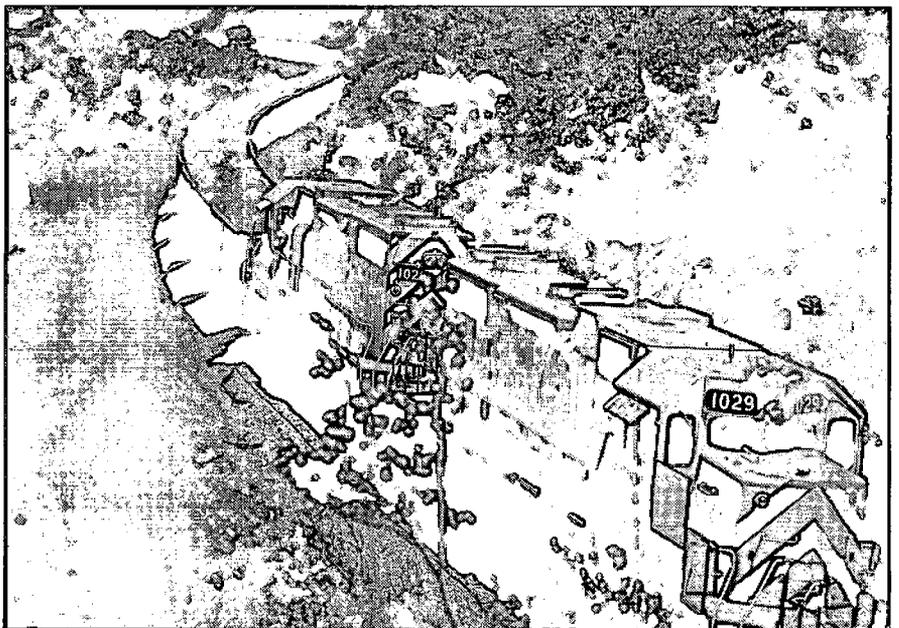
ración Venezolana de Guyana. Ya el país empieza a dudar del mensaje de la opción ante el petróleo, llueven los argumentos de quienes señalan que, lejos de sembrar el petróleo, el programa Guayana constituye el desagadero de la República, la causa del endeudamiento externo etc.

LA DESESPERANZA COMO EMBLEMA DEL PROGRAMA

Pero no todo está perdido. La industria petrolera entiende esta situación y, aun cuando no sea la forma más ortodoxa de hacerlo, formula un nuevo esquema de desarrollo donde se fomenta y promueve nuevamente la participación de la iniciativa privada en el sector y convence a la inmensa mayoría del país de las bondades de este enfoque, logrando un inicio prudente que, con el éxito obtenido, le permite acelerar el proceso, incorporando esquemas más agresivos y novedosos en la apertura petrolera. Los opositores de la apertura se van quedando solos; sus señalamientos no encuentran eco en el país, que ve tras la apertura petrolera una nueva oportunidad de mejora, y hoy representa el aliado más

poderoso.

El Programa Guayana, al igual que la industria eléctrica estatal, no logra tal fortuna. Los opositores al mismo, que siempre los hay y habrá, ante la falta de logros por los agentes instrumentales del proceso desestatizador, redoblan sus ataques al mismo y van erosionando ferozmente el tibio apoyo que hasta el momento el proceso ha tenido. Como en casi todos los programas de nuestro país, la política partidista penetró en lo más íntimo de la administración del Programa Guayana. El clientelismo político, en el transcurrir de los años, fue minando la continuidad administrativa y de personal; el botín de guerra electoral cobró su parte; algunos sectores, empresas o personas acumularon prerrogativas y prebendas que no están dispuestos a ceder ante el bienestar colectivo. En un momento dado, estos "capos" han acumulado más poder que los mismos partidos políticos o que los otrora poderosos sindicatos de la zona del hierro. Lo joven del Programa Guayana conspiró en su contra; los continuos cambios de administración en las empresas impidieron alcanzar en éstas una cultura organizacional donde la meritocracia jugase un papel más destacado. La cultura organizativa, la meritocracia entre otras mu-



Como en casi todos los programas de nuestro país, la política partidista penetró en lo más íntimo de la administración del Programa Guayana

chas cosas, ha protegido y defendido nuestra industria petrolera, y la carencia de ellas, ha degradado el Programa Guayana.

La desesperanza se apodera de los sectores que promueven la desestatización; los distanciamientos de quienes apoyan el proceso se agrandan; nadie quiere ser parte del equipo perdedor; jugar a la desestatización no arroja beneficios. Los agentes del proceso han caído en el agorerismo para encontrar apoyos. En lugar de pregonar, al estilo de la industria petrolera, que el futuro será mejor, caen en la profecía del desastre; se argumenta que, de no realizarse la privatización de las empresas, la quiebra de ellas, la pérdida de los puestos de trabajo, se hará inminente. Se dice igualmente que el país sufrirá una crisis de abas-

tecimiento de los productos actualmente producidos por las empresas; igualmente se señalan los niveles de deterioro operativo y la obsolescencia de las empresas.

En síntesis, los agentes encargados del proceso presentan el peor de los mundos para el país, no importa cuál sea el resultado del mismo, pues, si no hay privatización, las empresas irán inexorablemente a la quiebra con el dantesco escenario que eso significa y, por otra parte, de realizar la privatización, el escenario es para muchos el mismo, dada la expectativa que los agentes han sembrado en la opinión pública con las innumerables cláusulas de protección de toda índole que han pregonado deben incluir los

términos de la privatización. El mensaje que se trasmite es que los oferentes son una suerte de Atila el Huno, que no dejarán títtere con cabeza y ante quien toda protección es poca. ¿Cuáles son las razones para ese destino fatal? Con razón la desesperanza que gravita sobre el proceso.

CAMBIO DE IMAGEN

Es necesario replantear el mensaje del proceso privatizador. Éste no puede ser presentado en negativo; es imperativo relanzar, redefinir, el Programa Guayana. Era y es cierto el mensaje de quienes nos precedieron. Debemos realizar algunos ajustes en el mensaje; no debemos decir más que el Programa Guayana es la opción ante el petróleo; este término de opción tiene connotaciones negativas, ya puede ser interpretado como "en lugar de". La Divina Providencia nos dio un país con inmensas posibilidades que necesitan del trabajo y la dedicación esforzada de su gente para convertirlo en un país rico, próspero y digno. El Programa Guayana complementa a nuestra industria petrolera y, en general, a toda nuestra actividad económica. Su potencial es casi incalculable; no hay razones para el pesimismo y la desesperanza. Es sólo entender el cambio de los tiempos, aceptar que los esquemas se agotan y que es necesario renovarlos para que prive el bien común. La exitosa experiencia de la apertura petrolera demuestra que sí es posible cambiar, dejar a un lado esquemas obsoletos, que quizás sea necesario pasar por un cierto ajuste, pero que por esa vía seremos más dueños del futuro y de nosotros mismos, y, al igual que nuestros padres, quienes nos entregaron un país mejor que el que recibieron, nosotros, si entendemos nuestro momento histórico y actuamos con creatividad, honestidad, e inteligencia, podremos también legar a nuestros hijos un país mejor. ■

Francisco Layrisse es Presidente de Corimón, ex Presidente de la CVG.

